

lor y un grajo me trajeron á la memoria la Bretaña: me acuerdo del placer que me causó el chillido de aquel pájaro en las montañas de Judea. Mi memoria es un panorama, en donde vienen á pintarse sobre el mismo lienzo los sitios y los cielos mas diversos, con su sol ardiente ó su horizonte brumoso.

La posada de Frankenstein está situada en una pradera de montañas, regada por un arroyo. El maestro de postas habla francés; su jóven hermana, ó mujer, ó hija, es encantadora. Lámentase de ser bávaro; se ocupa en la explotación de bosques, y me parecia un plantador americano.

En Kaiserlantern, adonde llegué de noche, como á Bamberg, atravesé la region de los sueños. ¿Qué veían en sus sueños todos aquellos habitantes dormidos? Si tuviese tiempo, haría la historia de sus ensueños: nada me habria recordado la tierra, si dos codornices no se hubiesen contestado de una jaula á otra. En los campos de Alemania, desde Praga á Mannheim, no se encuentran mas que cornejas, gorriones y alondras; pero las ciudades están llenas de ruiseñores, currucas, tordos y codornices, lastimeros presos y presas que le saludan á uno al paso desde los hierros de su prision. Las ventanas están adornadas de claveles, reseda, rosales y jazmines. Los pueblos del Norte tienen los gustos de otro cielo: aman las artes y la música: los germanos vinieron á buscar la viña en Italia; sus hijos renovarian voluntariamente la invasion para conquistar en los mismos sitios aves y flores.

El cambio de traje en el postillon me advirtió el mártir 4 de junio en Saarbruck que entraba en Prusia. Bajo la ventana de mi posada vi desfilar un escuadrón de húsares: tenían el aire sumamente animado, y yo lo estaba tanto como ellos: de buen grado habria sacudido á esos señores, no obstante que profeso un vivo sentimiento de respeto á la familia real de Prusia, y que los excesos de los prusianos en París no fueron sino las represalias de la brutalidad de Napoleón en Berlin; pero si la historia tiene tiempo de entrar en esa fría justicia que hace derivar las consecuencias de los principios, el hombre, testigo de los hechos palpantes, se siente arrastrado por esos hechos, sin ir á buscar en lo pasado las causas de que han nacido y que los disculpan. Mucho mal me ha hecho mi patria; pero, ¿con qué placer le daría mi sangre! ¡Oh! ¡Qué fuertes cabezas, qué políticos tan consumados, qué buenos franceses, sobre todo, fueron esos negociadores de los tratados de 1815!

Algunas horas mas, y volveré á pisar mi tierra natal. ¿Qué habrá de nuevo? Hace tres semanas que ignoro lo que han dicho y hecho mis amigos. ¡Tres semanas! ¡Largo espacio para un hombre, que un momento hace desaparecer; para los imperios, que en tres jornadas se hundien! ¿Y mi prisionera de Blaye, qué habrá sido de ella? ¿Podré transmitirle la respuesta que aguarda? Si la persona de un embajador es sagrada, ninguna como la mia: mi carrera diplomática llegó á ser santa cerca del gefe de la Iglesia, y ahora acaba de santificarse cerca de un monarca infortunado: he negociado un nuevo pacto de familia entre los hijos del bearnés, cuyas actas he llevado desde la prision al destierro y desde el destierro á la prision.

4 y 5 de junio.

Al pasar el límite que separa el territorio de Saarbruck del de Forbach, no se me ha presentado la Francia de una manera brillante: primero un impedido, luego otro hombre que se arrastraba sobre sus manos y rodillas, llevando tras sí sus piernas como dos colas retorcidas ó dos serpientes muertas: en seguida aparecieron en una carreta dos viejas negras, arrugadas, vanguardias de las mujeres francesas. Era

lo muy bastante para haber hecho volver atrás al ejército prusiano.

Pero despues encontré á un soldado jóven y gallardo, á pié, con una muchacha: el soldado empujaba delante de sí el carretón de la jóven, y esta llevaba la pipa y el sable del militar. Mas allá otra muchacha, que conducia el timón de un arado, y un labrador anciano que aguijoneaba los bueyes: mas lejos otro anciano mendigo, que pedia para un niño ciego: mas allá una cruz. En una aldea, una docena de cabezas de niños, á la ventana de una casa sin concluir, se asemejaban á un grupo de ángeles en la pintura de una gloria. Allí se ve una niña de cinco á seis años sentada en el umbral de una puerta de una cabaña: tenia la cabeza descubierta, los cabellos blondos, el rostro sucio: el viento fresco la obligaba á hacer un leve gesto: sus dos hombros blancos salian de un vestido destrozado, y tenia los brazos cruzados sobre sus rodillas levantadas y aproximadas á su pecho: la niña miraba lo que pasaba en torno suyo con la curiosidad de un pájaro: Rafael la habria diseñado; á mí se me pasaban ganas de robársela á su madre.

Al entrar en Forbach se me presenta una coleccion de perros sabios: los dos mayores iban unidos al carretón de los trajes: otros cinco ó seis, de diferentes colas, hocicos, tamaños y pelajes, seguian el equipaje, cada uno con su pedazo de pan en la boca. Dos graves instructores, uno de los cuales llevaba un tambor grande, y el otro nada, guiaban la banda. Id, amigos míos, y dad la vuelta al mundo, como yo, á fin de aprender á conocer los pueblos. Ocupais vuestro puesto en el mundo tan bien como yo, y sois tanto como los perros de mi especie. Presentad la pata á Diana, á Mirza, á Pax, con el sombrero sobre la oreja, la espada al costado, la cola en forma de trompeta entre los dos faldones de vuestra casaca: danzad por un hueso ó por una patada, como hacemos los hombres; ¡pero no vayais á engañaros á saltar por el rey!

Lectores, tolerad estos arabescos: la mano que los trazó no os hará ya otro mal, porque está seca. Recordad cuando los veais que no son mas que los caprichosos contornos bosquejados por un pintor en la bóveda de su tumba.

En la aduana un viejo dependiente aparentó registrar mi carruaje. Yo tenia preparada una pieza de cien sueldos; veíala él en mis manos, pero no se atrevia á tomarla, á causa de los gefes que le estaban viendo. Quitóse su gorra á pretexto de registrar mejor, y poniéndola en el almohadon delante de mí, me dijo por lo bajo: «En mi gorra, si gustais.» ¡Oh! ¡Qué gran sentencia, que contiene la historia del género humano! ¡Cuántas veces la libertad, la fidelidad, el afecto, la amistad, el amor han dicho.—«En mi gorra, si gustais!» Daré esta frase á Beranger para estribillo de una cancion.

Al entrar en Metz me sorprendió una cosa que no habia notado en 1821: fortificaciones al estilo moderno envuelven las fortificaciones al estilo gótico. Guisa y Vauban son dos nombres que se asocian bien.

Nuestros años y nuestros recuerdos se hallan extendidos en capas regulares y paralelas, á diferentes profundidades de nuestra vida, depositadas por las olas del tiempo, que pasan sucesivamente sobre nosotros. De Metz salió en 1792 la columna que peleó bajo Thionville con nuestro pequeño cuerpo de emigrados. Vuevo de mi peregrinacion al retiro del príncipe desterrado, á quien servía yo en su primer destierro. Entonces le dí un poco de mi sangre, y ahora vengo de llegar al lado suyo; á mi edad no se tiene mas que lágrimas.

En 1821 Mr. de Tocqueville, cuñado de mi hermano, era prefecto del Mosela. Los árboles, del grueso de una estaca, que Mr. de Tocqueville plantaba en 1820 á la puerta de Metz, dan ahora sombra. Esa es

una escala para medir nuestros dias; pero el hombre no es como el vino, y no se mejora contando por hojas. Los antiguos hacian poner rosas en infusion en el Salerno: cuando se destapaba una vasija de un consulado secular, embalsamaba el festin. Aun cuando la mas pura inteligencia se mezclase á antiguos años, nadie querria embriagarse con ella.

No hacia un cuarto de hora que estaba en la posada de Metz, cuando vi venir á Bautista en la mayor agitacion: sacó misteriosamente del bolsillo un papel blanco, en el cual estaba envuelto un sello: el duque de Burdeos y su hermana le habian encargado de ese sello, recomendándole que no me lo diese sino en tierra de Francia. Toda la noche anterior á mi marcha habian estado muy inquietos por temor de que el platero no tuviese tiempo para concluir la obra.

El sello tiene tres caras, en la una habia grabada un áncora: en la segunda se leian las dos palabras que Enrique me habia dicho en nuestra primera entrevista: — *Si, siempre*, y en la tercera la fecha de mi llegada á Praga. Los dos hermanos me rogaban que conservase el sello por amor suyo. El misterio de aquel regalo y la órden de los dos niños desterrados de no entregarme el testimonio de su recuerdo sino en tierra de Francia llenaron de lágrimas mis ojos. No se apartará el sello de mí jamás, y lo conservaré por amor de Luisa y de Enrique.

Hubiera querido ver en Metz la casa de Fabert, soldado que fue luego mariscal de Francia, y que rehusó el collar de las órdenes, no remontando su nobleza mas que á su espada.

Los bárbaros, antepasados nuestros, degollaron en Metz á los romanos, sorprendidos en medio de los desórdenes de una fiesta: nuestros soldados han valsado en el monasterio de Alcobaza con el esqueleto de Inés de Castro: ¡desgracias y placeres, crímenes y locuras, catorce siglos os separan, y habeis pasado tan completamente unos como otros! La eternidad principiada hace un momento es tan antigua como la que fecha desde la primera muerte, desde el asesinato de Abel. Sin embargo, los hombres, durante su aparicion efímera en este mundo, se persuaden de que dejan en pos de sí alguna huella: ¡oh! si por cierto; cada mosca tiene su sombra.

Despues de salir de Metz crucé por Verdun, en donde fui tan desgraciado y en donde vive hoy la amiga solitaria de Carrel. Costé las alturas de Valmy: no quiero hablar mas que de Jenmapes: habria temido encontrar allí una corona.

Chalens me recordó una gran flaqueza de Bonaparte: allí desterró á la belleza. Basta de Chalons, que me dice que aun tengo amigos.

En Chateau-Thierry volví á encontrar á mi Dios; La Fontaine. Era la hora de oraciones; la mujer de Juan no estaba allí, y él habia vuelto á casa de madama de la Sabliere.

Al pasar junto á la pared de la catedral de Meaux, repetí á Bossuet sus palabras: — «El hombre llega á la tumba llevando en pos de sí la larga cadena de sus esperanzas frustradas.»

En París atravesé los barrios que habité con mis hermanas en mi juventud, en seguida el palacio de la Justicia, recuerdo de mi sentencia; luego la prefectura de policía, que me sirvió de prision. Entré al fin en mi hospicio, devanando así el hilo de mis dias. El frágil insecto de los rediles baja en la punta de una seda á la tierra, en donde le aplasta el pié de una oveja.

CONSEJO DE CARLOS X EN FRANCIA.—MIS IDEAS ACERCA DE ENRIQUE IV.—CARTA MIA Á LA DELFINA.—LO QUE HABIA HECHO LA DUQUESA DE BERRY.

París, calle del Infierno,
6 de junio de 1835.

Al apearme del carruaje y antes de acostarme, es-

cribí una carta á la duquesa de Berry, dándole cuenta de mi comision. Mi regreso habia puesto á la política en movimiento; el telégrafo lo anunció al prefecto de Burdeos y al comandante de la fortaleza de Blaye; diéronse órdenes para redoblar la vigilancia, y hasta parece que se hizo embarcar á Madame antes del día fijado para su marcha. Mi carta no llegó á S. A. R. por diferencia de horas, y le fue entregada en Italia. Si Madame no hubiese hecho declaracion; si aun despues de esa declaracion hubiese negado las consecuencias de ella; mas aun: si habiendo llegado á Sicilia hubiese protestado contra el papel que se habia visto obligada á hacer para sustraerse á sus aceleros, la Francia y la Europa habrian creído su dicho, pues tan sospechoso era el gobierno de Felipe. Todos los Judas habrian sufrido el castigo del espectáculo que habian dado al mundo en la sentina de Blaye. Pero Madame no habia querido conservar un carácter político negando su matrimonio: lo que se gana con la mentira en reputacion de habilidad, se pierde en consideracion, y apenas puede defenderle á uno la antigua sinceridad que haya profesado. Si un hombre estimado del pueblo se envilece, no está ya al abrigo en su nombre, sino detrás de su nombre. Madame, con su declaracion, escapó de las tinieblas de su prision: tanto el águila hembra como el águila macho necesitan libertad y sol.

El duque de Blacas me habia anunciado en Praga la formacion de un consejo, del que debia yo ser gefe, con el canciller y el marqués de Latour-Maubourg: segun el duque, iba á ser yo el único consejo de Carlos X, ausente por algunos asuntos. Enseñóseme un plan: la máquina era sobrado complicada: los trabajos de Mr. de Blacas conservaban algunas disposiciones hechas por la duquesa de Berry, cuando esta, por su parte, pretendió organizar el Estado, viniendo inconsiderada, pero valientemente, á ponerse al frente de su reino *in partibus*. Las ideas de aquella mujer aventurera no carecian de sensatez: habia dividido ella la Francia en cuatro gobiernos militares, designado los gefes, nombrado los oficiales, regimentado los soldados, y sin cuidarse de si toda su gente estaba bajo la bandera, se presentó ella misma á llevarla: no dudaba hallar en los campos la capa de San Martin ó la oriflama, á Galaor ó á Bayardo. Hachazos y mosquetazos, retiradas á los bosques, peligros en el hogar de algunos amigos fieles, cavernas, castillos, cabañas, escalamientos, todo esto era del gusto de Madame. Hay en su carácter algo de original y seductor, que la hará vivir: el porvenir se apoderará de ella á placer, mal que les pese á personas severas y á sensatos cobardes.

Si los Borbones me hubiesen llamado, les habria llevado la popularidad de que yo gozaba por el doble título de escritor y hombre de Estado. Erame imposible dudar de esa popularidad, porque yo habia recibido las confidencias de todas las opiniones. No se habian limitado á generalidades, sino que cada cual me habia designado lo que deseaba, dado el acontecimiento. Varios me habian revelado su genio y héchome tocar el puesto para que eran propiamente adecuados. Todo el mundo, (amigos y enemigos) me enviaba al lado del duque de Burdeos. Por las diferentes combinaciones de mis opiniones y de mis diversas fortunas; por los estragos de la muerte, que habia arrebatado sucesivamente á los hombres de mi generacion, parecia yo el único que quedaba á la eleccion de la familia real.

Podia verme tentado del papel que me asignaban: habia, en efecto, con qué lisonjear mi vanidad en la idea de ser yo, servidor desconocido y rechazado de los Borbones, el apoyo de su raza; de tender la mano en su tumba á Felipe Augusto, San Luis, Carlos V, Luis XII, Francisco I, Enrique IV, Luis XIV; de proteger con mi débil renombre la sangre, la corona

Y las sombras de tantos hombres grandes; yo solo, contra la Francia infiel y la Europa envilecida.

Pero para llegar á eso, ¿qué hubiera sido preciso hacer? Lo que hace el talento mas vulgar: adular á la corte de Praga, vencer sus antipatías, ocultarles mis ideas hasta que pudiera desenvolverlas.

Y á la verdad, esas ideas iban lejos; si hubiese yo sido gobernador del príncipe, me hubiera esforzado en ganarme su confianza. Si hubiese aquel recobrado la corona, no le habria aconsejado que la llevase sino para deponerla en ocasion oportuna. Hubiera querido ver á los Capetos desaparecer de una manera digna de su grandeza. ¡Qué día tan hermoso é ilustre aquel en que, despues de haber realzado la religion, perfeccionado la constitucion del Estado, ensanchado los derechos de los ciudadanos, roto las últimas trabas de la prensa, emancipado á los ayuntamientos, destruido el monopolio, equilibrado de un modo equitativo el salario con el trabajo, robustecido la propiedad contentiendo sus abusos, reanimado la industria, dirimido el impuesto, restablecido nuestro honor entre las naciones y asegurado nuestra independencia contra el extranjero, por medio de fronteras remotas; qué día tan hermoso aquel en que, llevado á cabo todo eso, mi alumno hubiese dicho á la nacion convocada solemnemente: —«Franceses: vuestra educacion ha terminado con la mia. Mi primer abuelo, Roberto el Fuerte, murió por vosotros, y mi padre pidió gracia para el hombre que le arrancó la vida. Mis antepasados han educado y formado á la Francia al traves de la barbarie; ahora la marcha de los siglos y el progreso de la civilizacion no consienten ya que tengais tutor. Desciendo del trono, y confirmo todos los beneficios de mis padres, desatando de vuestros juramentos á la monarquía!» Dígase si este fin no habria sobrepujado á cuanto maravilloso pudiera haber en esta raza. Dígase si hubiera podido erigirse templo mas magnífico á su memoria. Compárese, en fin, con el que presentarian los hijos decrepitos de Enrique IV, agarrados tenazmente á un trono sumergido en la democracia, procurando conservar el poder por medios de policia, de violencia, de corrupcion, y arrastrando por algunos momentos una existencia degradada. —«Que hagan á mi hermano rey, decia Luis XIII, siendo niño, despues de la muerte de Enrique IV: que yo no quiero serlo.» Enrique V no tiene mas hermano que el pueblo: hágolo rey.

Para llegar á esa resolucion, por quimérica que parezca ser, sería preciso conocer la grandeza de su raza, no porque descienda de antigua sangre, sino por ser heredero de hombres á quienes la Francia debe su poder, su ilustracion, su civilizacion.

Ahora bien; acabo de decirlo poco há: el medio de ser llamado á poner mano en ese plan habria sido acariar las debilidades de Praga; criar urracas con el hijo del trono, á imitacion de Luvnes; adular á Concini, á semejanza de Richelieu. Habia principiado yo bien en Carlsbad: un pequeño boletin de sumision y de compadrazgo habria adelantado mis asuntos. Enterrarme vivo en Praga habria sido, á la verdad, difícil, no solo porque tenia que vencer las repugnancias de la familia real, sino tambien el odio del extranjero. mis ideas son odiosas á los gabinetes, porque saben que detesto los tratados de Viena, y haria la guerra á toda costa por dar á la Francia las fronteras necesarias y para restablecer en Europa el equilibrio de las potencias.

Sin embargo, con muestras de arrepentimiento, llorando, expiando mis pecados de honor nacional, dándome golpes de pecho; admirando por penitencia el genio de los fatuos que gobiernan el mundo, tal vez hubiera podido llegar hasta el puesto del baron de Damas: luego, levantándome de repente, habria arrojado mis muletas.

Pero, ¡ay! ¿Dónde está mi ambicion? ¿Dónde mi

facultad de disimular? ¿Dónde mi arte de sufrir la violencia y el fastidio? ¿Dónde mis medios de dar importancia á todo? Tomé dos ó tres veces la pluma principié dos ó tres borradores mentirosos para obedecer á la delina, que me habia mandado escribirle. muy luego, rebelándome contra mí, escribí de una tirada, siguiendo mis ideas, la carta que debia hundirme. Lo sabia muy bien, y calculaba tambien todos sus resultados: poco me importaba. Hoy mismo, que está hecha la cosa, estoy encantado de haber enviado todo al diablo y arrojado mi *gobierno* por una ventana tan ancha. Quizá se me diga: —«¿Y no podiais manifestar las mismas verdades, enunciándolas con ménos crudeza?—Si, si; desliendo, amplificando, dulcificando, titubeando:

«Sus ojos penitentes
tan solo agua bendita es lo que lloran.»

Yo no sé hacer eso.

Véase á continuacion la carta (abreviada, no obstante, en una mitad), que hará erizar los cabellos á nuestros diplomáticos de salon. El duque de Choiseul habia tenido algo de mi humor: así fue que pasó el fin de su fin en Chanteloup.

CARTA Á LA DELFINA.

Paris, calle del Infierno, 50 de junio de 1855.

«Señora: Los momentos mas preciosos de mi larga carrera son los que la señora delina me ha permitido pasar á su lado. En una oscura casa de Carlsbad es donde una princesa, objeto de la veneracion universal, se ha dignado hablarme con confianza. En el fondo de su alma ha depositado el cielo un tesoro de magnanimidad y religion, que las prodigalidades de la desgracia no han podido agotar. Tenia delante de mí á la hija de Luis XVI, desterrada de nuevo; esa huérfana del Temple, á quien el rey mártir habia estrechado contra su corazon antes de ir á coger la palma. Dios es el único nombre que puede pronunciarse cuando llega uno á abismarse en la contemplacion de los impenetrables consejos de su Providencia.

«El elogio es sospechoso cuando se dirige á la prosperidad: con la delina la admiracion está en su lugar. Lo he dicho, señora; vuestras desgracias han subido á tal punto, que han llegado á ser una de las glorias de la revolucion. Habré encontrado, pues, en mi vida destinos bastante superiores, bastante extraordinarios, para decirles, sin temor de lastimarlos ó de no ser comprendido de ellos, lo que pienso acerca del estado futuro de la sociedad. Puede hablarse con vos de la suerte de los imperios; con vos, que veriais pasar sin sentimiento á los pies de vuestra virtud todos esos reinos de la tierra, de los que varios han caído ya á los pies de vuestra estirpe.

«Las catástrofes que os hicieron su mas ilustre testigo y su mas sublime victima, por grandes que parezcan, no son, sin embargo, mas que los accidentes particulares de la transformacion general que se efectúa en la especie humana: el reinado de Napoleon, que ha conmovido al mundo, no es mas que un anillo de la cadena revolucionaria. Es preciso partir de esta verdad para comprender lo que hay de posible en una tercera restauracion, y qué medio tiene esa restauracion de encajonarse en el plan del cambio social. Si no entrase en él como un elemento homogéneo, sería rechazada inevitablemente de un órden de cosas contrario á su naturaleza.

«Por lo tanto, señora, si os dijese que la legitimidad tiene probabilidades de ser restaurada por la aristocracia de la nobleza y del clero con sus privilegios, por la corte con sus distinciones, por el trono con sus prestigios, os enganaría. La legitimidad en Francia

no es ya un sentimiento, es un principio, en tanto que garantiza la propiedad y los intereses, los derechos y las libertades; pero si quedase probado que no quiere defender ó que es impotente para proteger esa propiedad y esos intereses, esos derechos y esas libertades, cesaria hasta de ser un principio. Cuando se proclama que la legitimidad ha de volver forzosamente, que no se puede pasar sin ella, que basta aguardar para que la Francia venga á pedirle merced de rodillas, se proclama un error. La restauracion puede no reaparecer jamás ó no durar mas que un momento, si la legitimidad busca su fuerza donde no la hay ya.

«Sí, señora: lo digo con dolor: Enrique V podria permanecer siendo un príncipe extranjero y desterrado: jóven y nueva ruina de un edificio ya caído, pero ruina al fin. Nosotros, antiguos servidores de la legitimidad, habremos gastado bien pronto el pequeño fondo de años que nos queda: no tardaremos en descansar en nuestra tumba, dormidos con nuestras añejas ideas, como los antiguos caballeros con sus viejas armaduras, corroídas por el moho y por el tiempo, armaduras que no se modelan ya en el cuerpo ni se adaptan á las costumbres de los vivos.

«Todo lo que militaba en 1789 por la conservacion del antiguo régimen, religion, leyes, costumbres, usos, propiedades, clases, privilegios, corporaciones, ya no existe. Masifíestase una fermentacion general; la Europa no está mas segura que nosotros; ninguna sociedad está enteramente destruida; ninguna enteramente fundada, todo en ellas está gastado ó es nuevo, decrepito ó sin raiz: todo tiene en ellas la debilidad de la vejez y de la infancia. Los reinos salidos de las circunscripciones territoriales trazadas por los últimos tratados, son de ayer: el amor á la patria ha perdido su fuerza, porque la patria es incierta y fugitiva para poblaciones vendidas á la puja, cambalachadas como muebles de oportunidad, unas veces agregadas á poblaciones enemigas, otras entregadas á dueños desconocidos. Removido, surcado, y labrado así el suelo, está preparado á recibir la simiente democrática que las jornadas de julio han madurado.

«Los reyes creen que haciendo centinela, alrededor de sus tronos detendrán el movimiento de la inteligencia; imaginanse que marcando y señalando los principios, les impedirán su paso en las fronteras; persuádense de que multiplicando las aduanas, los genjarmes, los espías de policia, las comisiones militares, estorbarán que circulen. Pero esas ideas no caminan á pié: van por el aire, vuelan, se las respira. Los gobiernos absolutos que establecen telégrafos, caminos de hierro, barcos de vapor y quieren al mismo tiempo retener á los espíritus al nivel de los dogmas políticos del siglo xiv, son inconsecuentes; progresivos y retrógrados á la vez, se pierden en la confusion que resulta de una teoría y de una práctica contradictorias. No puede separarse el principio industrial del principio de la libertad; es preciso ahogar los dos, ó admitirlos. Donde quiera que se entienda la lengua francesa llegan las ideas con los pasaportes del siglo.

«Ya veis, señora, cuánto importa elegir bien el punto de partida. El hijo de la esperanza, bajo vuestra guarda; la inocencia, refugiada bajo vuestras virtudes y vuestras desgracias como bajo un dosel real, es un espectáculo que no conozco otro mas imponente; si hay alguna probabilidad de triunfo para la legitimidad, en eso estriba toda ella. La Francia futura podrá inclinarse sin descender ante la gloria de su pasado y detenerse conmovida ante esa grande aparicion de su historia representada por la hija de Luis XVI, conduciendo de la mano al último de los Enriques. Reina protectora del jóven príncipe, ejerceréis sobre la nacion la influencia de los inmensos recuerdos que se confunden en vuestra persona au-

gusta. ¿Quién no sentirá renacer una confianza nada comun al ver á la huérfana del Temple velar por la educacion del huérfano de San Luis?

«Es de desear, señora, que esa educacion, dirigida por personas cuyos nombres sean populares en Francia, sea pública hasta cierto punto. Luis XIV, que justifica por otra parte el orgullo de su divisa, hizo gran mal á su estirpe aislando á los hijos de Francia en las barreras de una educacion oriental.

«El jóven príncipe me ha parecido dotado de una inteligencia viva, y deberá terminar sus estudios con viajes á los pueblos del antiguo y hasta del nuevo continente, para conocer la política y no asustarse de las instituciones ni de las doctrinas. Si puede servir como soldado en alguna guerra lejana y extranjera, no debe temerse el exponerle. Tiene el aire resuelto, y parece tener en su corazon sangre de su padre y de su madre; pero si pudiese experimentar alguna vez otra cosa que el sentimiento de la gloria en el peligro, que abdique; sin valor en Francia no hay corona.

«Al verme, señora, extender á un largo porvenir el desarrollo de la educacion de Enrique V, supondreis naturalmente que no le creo destinado á subir tan pronto al trono. Voy á procurar deducir con imparcialidad las razones opuestas de esperanza y de temor.

«La restauracion puede tener lugar hoy, mañana. Hay en el carácter francés cierto matiz tan marcado de aspereza é inconstancia, que es siempre probable un cambio: púedese apostar siempre ciento contra uno á que en Francia no durará una cosa cualquiera mucho tiempo: cuando el gobierno parece mejor asentado, entonces se hunde. Hemos visto á la nacion adorar y detestar á Bonaparte, abandonarle, recibirle de nuevo, olvidarle en su destierro, erigirle altares despues de su muerte, y caer luego de su entusiasmo.

«Esta nacion veleidosa, que nunca amó la libertad sino por arranques, pero que idolatra la igualdad; esta nacion multiforme fue fanática en tiempo de Enrique IV, feroz en el de Luis XIII, grave en el de Luis XIV, revolucionaria bajo Luis XV, sombría bajo la república, guerrera bajo Bonaparte, y constitucional bajo la restauracion: ella prostituye hoy sus libertades á la monarquía llamada republicana, variando perpetuamente de naturaleza, segun el espíritu de sus guías. Su movilidad ha ido en aumento, desde que se ha emancipado de los hábitos domésticos y del yugo de la religion. Así es que una casualidad puede ocasionar la caída del gobierno de 9 de agosto; pero esa casualidad puede hacerse esperar: nos ha nacido un aborto; pero la Francia es una madre robusta, y con la leche de su seno puede corregir los vicios de una paternidad depravada.

«Aunque la monarquía actual no parezca viable, temo siempre que viva mas del término que se le pudiera asignar. Desde hace cuarenta años no han perecido en Francia todos los gobiernos mas que por su culpa. Luis XVI pudo veinte veces salvar su corona y su vida: la república no sucumbió sino por el exceso mismo de sus furores; Bonaparte pudo establecer su dinastía; y se hundió desde lo alto de su gloria; sin las ordenanzas de julio, el trono legítimo subsistiría aun. El jefe del gobierno actual no cometerá ninguna de esas faltas que matan: su poder no se suicidará jamás: toda su habilidad la emplea exclusivamente en su conservacion; es demasiado inteligente para morir de una necesidad, y no tiene en sí motivos de hacerse culpable de los errores del genio ó de las debilidades del honor y de la virtud. Ha conocido que podria perecer por la guerra, y no hará la guerra: poco le importará que la Francia aparezca degradada á los ojos de los extranjeros: no faltarán publicistas que prueben que la vergüenza es industria, la ignominia crédito.

»La casi-legitimidad quiere todo lo que la legitimidad quiere, á excepcion de la persona real: quiere el orden, y puede obtenerlo por la *arbitrariedad* mejor que la legitimidad. Mandar despóticamente con palabras de libertad y de pretendidas instituciones realistas es todo cuanto desea: cada hecho consumado engendra un derecho reciente que combate un derecho antiguo; cada hora principia una legitimidad. El tiempo tiene dos poderes: con una mano derriba y con la otra edifica. Finalmente, el tiempo obra sobre los ánimos por la sola razon de que marcha: primero hay un alejamiento brusco del poder; se le ataca, se le gruñe: luego viene el cansancio; el triunfo reconcilia con su causa, y por último solo quedan apartadas algunas almas elevadas, cuya perseverancia incomoda á los que han faltado.

»Señora, este largo relato me obliga á dar algunas explicaciones á V. A. R.

»Si no hubiese hecho yo oír una voz libre en dias de fortuna, no me hubiera sentido con valor para decir la verdad en los tiempos de desgracia. No he ido á Praga de propio impulso mio: no me habria atrevido á importunaros con mi presencia: los riesgos de la lealtad no están al lado de vuestra augusta persona, sino en Francia, y aquí es donde los he buscado. Desde las jornadas de julio no he cesado de combatir por la causa legitima. Yo fui el primero que me atreví á proclamar la monarquía de Enrique V. Un jurado francés, absolviéndome, dejó subsistir mi proclamacion. No aspiro mas que al descanso, necesidad de mis años; sin embargo, no he vacilado en sacrificarlo cuando se expidieron decretos extendiendo y renovando la proscripcion de la familia real. Se me han hecho ofrecimientos por adherirme al gobierno de Luis Felipe: no habia merecido yo esa benevolencia, y he demostrado lo que tenia de incompatible con mi naturaleza, reclamando la parte que podia tocarme de las adversidades de mi anciano rey, ¡Ay! Sus adversidades no las habia yo causado, y habia procurado evitarlas. No traigo á la memoria estas circunstancias por darme importancia y crear un mérito que no tengo: no he hecho mas que mi deber, y solo doy esta explicacion con ánimo de disculpar la independencia de mi lenguaje. Espero que perdoneis la franqueza de un hombre que aceptaria con gusto un cadalso por devolveros un trono.

»Cuando me presenté á V. M. en Carlsbad, puedo decir que no tenia el honor de que me conociérais. Apenas me habiais hecho la honra de dirigirme algunas palabras en mi vida, y habreis podido ver en las conversaciones de la soledad que yo no era el hombre que acaso os habian pintado; que la independencia de mi ánimo nada quitaba á la moderacion de mi carácter, y sobre todo no rompía las cadenas de mi admiracion y respeto hácia la ilustre hija de mis reyes.

»Suplico tambien á V. M. que considere que el orden de las verdades desenvueltas en esta carta, ó mas bien en esta memoria, es lo que constituye mi fuerza, si alguna tengo: á esto debo el poderme entender con hombres de diferentes partidos y atraerlos á la cámara realista. Si yo hubiese rechazado las ideas del siglo, habria hecho algun adelanto. Procuro asociar al trono antiguo esas ideas modernas, que de contrarias que son se hacen amigas, pasando por mi fidelidad. No convirtiendo en provecho de la monarquía legitima reconstruida las ideas liberales que cunden, pereceria la Europa monárquica. Si los principios monárquico y republicano permanecen distintos y separados, la lucha entre ellos es á muerte: la consagracion de un edificio único, construido con los diversos materiales de dos edificios, corresponderia á vos, señora, que habeis sido admitida á la mas elevada y misteriosa de las iniciaciones; la desgracia inmerecida: á vos, que estais marcada en

el altar con la sangre de las víctimas sin mancha; á vos, que en el recogimiento de una santa austeridad abriais con una mano pura y bendita las puertas de un nuevo templo.

»Vuestras luces, señora, y vuestra razon superior ilustrarán y rectificarán lo que pueda haber de dudoso y erróneo en mis sentimientos acerca del estado actual de Francia.

»Mi emocion, al terminar esta carta, sobrepuja á cuanto puede decir.

»El palacio de los soberanos de Bohemia hecho el Louvre de Carlos X y de su piadoso y real hijo! ¡Hradschin convertido en el palacio de Pau del jóven Enrique! ¡Y vos, señora, qué Versailles habitais! ¡A qué pueden compararse vuestra religion, vuestra grandeza, vuestros sufrimientos, sino á los de las mujeres de la casa de David, que lloraban al pié de la cruz? ¡Ojalá pueda V. M. ver salir radiante de la tumba á la monarquía de San Luis! ¡Ojalá pueda yo exclamar, recordando el siglo que lleva el nombre de vuestro glorioso abuelo (porque, señora, nada os sienta bien ni es contemporáneo á vos sino lo grande y sagrado).

—«¡Oh dia feliz para mí! ¡Con qué ardor iré á reconocer á mi rey!»

»Soy, señora, con el mas profundo respeto de V. M. El muy humilde y obediente servidor,

«CHATEAUBRIAND.»

Después de escrita la anterior carta, volví á los hábitos de mi vida; hallé de nuevo á mis ancianos curas, el rincón solitario de mi jardín, que me parecia mucho mas hermoso que el jardín del conde de Choctek, mi *bulevar* del Infierno, mi cementerio del Oeste, mis *Memorias*, recuerdo de mis dias pasados, y sobre todo, la pequeña sociedad escogida de la *Abadía del bosque*. La benevolencia de una amistad seria hace abandonar las ideas; algunos momentos del comercio del alma bastan para la necesidad de mi naturaleza; en seguida reparo ese gasto de inteligencia con veinte y dos horas de no hacer nada y de sueño.

CARTA DE LA DUQUESA DE BERRY.

Paris, calle del Infierno,
25 de agosto de 1835.

Mientras que principiaba á respirar, vi entrar una mañana en mi casa al viajero que habia entregado un paquete de mi parte á la duquesa de Berry, en Palermo. Traíame esta respuesta de la princesa:

Nápoles 10 de agosto de 1835.

«Os he escrito una palabra, señor vizconde, para acusaros el recibo de vuestra carta, queriendo una ocasion segura para hablaros de mi reconocimiento por lo que habeis visto y hecho en Praga. Me parece que *os han dejado ver poco*, pero lo bastante, sin embargo, para juzgar que, á pesar de los medios empleados, el resultado, en lo que concierne á nuestro querido hijo, no es tal como se podia tener. Me felicito de que así me lo asegureis; pero me enviáis á decir de París que Mr. de Barande queda alejado. ¿Qué resultará de ahí? ¿Cuánto deseo estar en mi puesto!

»En cuanto á las peticiones que os habia rogado hiciérais, y que no han sido acogidas enteramente bien, han demostrado que no estaban allá mejor informados que yo, pues no tenia necesidad ninguna de lo que pedía, no habiendo perdido nada de mis derechos.

»Voy á pedir los vuestros consejos para responder á las instancias que se me hacen de todas partes. Hareis de lo que sigue el uso que vuestra prudencia aconseje. La Francia realista, las personas adictas

Enrique V, aguardan de su madre, libre por fin, una proclama.

»He dejado en Blaye algunas líneas que deben ser conocidas hoy: se espera mas de mí; se quiere saber la triste historia de mi detencion durante siete meses en esa imperecedera Bastilla. Preciso es que sea conocida en sus principales pormenores; y se vea en ella la causa de tantas lágrimas y sinsabores que han desgarrado mi corazón. Entonces se conocerán los tormentos morales que he tenido que sufrir. Hay que hacer justicia á quien le corresponde; pero tambien será preciso descubrir las atroces medidas tomadas contra una mujer sin defensa, puesto que siempre se le ha negado un consejo por un gobierno á cuya cabeza está su pariente, para arrancarme un secreto que en todo caso no podia tener relacion con la política, y cuyo descubrimiento no debia cambiar mi situacion, si yo era temible para el gobierno francés, que tenia el poder de guardarme, pero no el derecho, sin un juicio que he reclamado mas de una vez.

»Pero mi pariente, marido de mi tia, jefe de una familia á la que, á despecho de una opinion bastante general y justamente esparcida en contra de ella, habia yo hecho esperar la mano de mi hija; Luis Felipe, en fin creyéndome en cinta y no casada (cosa que habria decidido á cualquiera otra familia á abrirme las puertas de la prision), me ha hecho sufrir todos los tormentos morales para obligarme á pasos, por cuyo medio creyó poder establecer la deshonra de su sobrina. Por lo demás, si he de explicarme de una manera positiva sobre mis declaraciones y lo que las ha motivado, sin entrar en pormenores acerca de mis interioridades, de que no debo cuenta á nadie, diré con toda verdad que me han sido arrancadas por las vejaciones, los tormentos morales y la esperanza de recobrar mi libertad.

»El portador os dará pormenores y os hablará de la incertidumbre forzada sobre el momento de mi viaje y su direccion, lo que se ha opuesto al deseo que tenia de aprovecharme de vuestro fino ofrecimiento invitándoos á reunirnos conmigo antes de llegar á Praga, necesitando bien de vuestros consejos. Hoy dia seria ya demasiado tarde, pues quiero llegar al lado de mis hijos cuanto antes. Pero como no hay nada seguro en este mundo, y estoy acostumbrada á las contrariedades, si, *contra mi voluntad*, se retrasase mi llegada á Praga, cuento con vos en el sitio en que me viese obligada á detenerme, desde donde os escribiré: si por el contrario, llego al lado de mi hijo tan pronto como deseo, sabeis mejor que yo si debeis venir. Yo no puedo sino aseguraros del placer que tendré en veros en todo tiempo y lugar.

»MARÍA CAROLINA.»

«Nápoles 18 de agosto de 1835.

»No habiendo podido aun marchar nuestro amigo, recibo noticias de lo que pasa en Praga, las cuales no son de naturaleza para disminuir mis deseos de ir allá, pero me hacen tambien mas urgente la necesidad de vuestros consejos. Si pudiérais, pues, ir á Venecia sin tardanza, me encontraréis allí, ó cartas en el correo que os dirán dónde podreis hallarme. Haré parte del viaje con personas que me merecen amistad y reconocimiento; Mr. y Mad. de Bauffremont. Hablamos con frecuencia de vos: su adhesion por mí y por nuestro Enrique les hace desear con ansia el veros llegar. Mr. de Mersnard tiene el mismo deseo.»

Mad. de Berry recuerda en su carta un corto manifiesto publicado á su salida de Blaye, y que no valia gran cosa, porque no decia sino no. Por lo demás, la carta es curiosa, como documento histórico que revela los sentimientos de la princesa con respecto á sus parientes carcelarios, é indican los padecimientos sufri-

dos por ella. Las reflexiones de María Carolina son justas, y las expresa con animacion y altivez. Gusta ver á esa madre valerosa y amante, encadenada ó en libertad, constantemente ocupada de los intereses de su hijo. Al menos en ese corazón hay juventud y vida. Costábame emprender un nuevo y largo viaje; pero me encantaba mucho la confianza de esa pobre princesa para negarme á sus deseos y dejarla abandonada en el camino. Mr. Jauge vino en auxilio de mi miseria, como la vez primera

Volví á ponerme en campaña con una docena de libros esparcidos en torno mio. Mientras que yo peregrinaba de nuevo en el carruaje del príncipe Benevento, él comia en Londres á la mesa de su quinto amo, en expectativa del accidente que le enviara quizá á dormir á Westminster entre los santos, los reyes y los sabios, sepultura digna de su religion, su fidelidad y sus virtudes.

Del 7 al 10 de diciembre de
1835, por el camino.

DIARIO DE PARÍS Á VENECIA.—JURA.—ALPES.—MILAN.—VERONA.—RECUERDO DE LOS MUERTOS.—EL BRENTA.

Salí de París el 3 de setiembre de 1833, tomando el camino del Simplon por Pontarlier.

Salinas, quemada, se hallaba reconstruida: agradábame mas en su fealdad y en su caducidad españolas. El abate Olibet nació á orillas del *Furioso*: aquel primer maestro de Voltaire, que recibió á su alumno en la academia, nada tenia de su arroyo paterno.

La gran tempestad que causó tantos naufragios en la Mancha me asaltó en el Jura. Llegué de noche á los eriales de la parada de Levier. El meson construido de madera, muy alumbrado y lleno de viajeros refugiados, no se asemejaba mal á un sábadó. No quise detenerme, y me trajeron los caballos: cuando fue preciso cerrar los faroles del carruaje, la dificultad fue grande: la posadera, jóven hechicera, extremadamente linda, prestó risueña su auxilio, y tenia buen cuidado de arrimar su luz abrigada en un tubo de vidrio á su rostro, á fin de ser vista.

En Pontarlier, mi antiguo patron, hombre muy legitimista cuando vivia, habia muerto. Comí en la posada de *El Nacional*: buen agüero para el diario de este nombre. Armand Carrel es el jefe de esos hombres que no mintieron en las jornadas de julio.

El castillo de Jouy defiende las avenidas de Pontarlier: en sus torreones vió sucederse á dos hombres cuya memoria conservará la revolucion: Mirabeau y Santos Louverture, el Napolen negro imitado y muerto por Napoleon blanco. «Santos, dice Mad. de Stael, fue llevado á una prision de Francia, en donde pereció de la manera mas miserable. Tal vez no se acuerda siquiera Bonaparte de esa mala accion, porque no se le ha echado tanto en cara como las otras.»

El huracan arreciaba, y sufrí su mayor violencia entre Pontarlier y Orbes. Agrandaba las montañas, hacia sonar las campanas en las aldeas, ahogaba el ruido de los torrentes en el del trueno, y se precipitaba bramando sobre mi carruaje, como un turbión negro sobre la vela de un buque. Cuando los relámpagos serpenteaban por lo bajo entre los brezos, se divisaban rebaños de carneros inmóviles, con la cabeza oculta entre sus patas delanteras, presentando sus colas comprimidas y sus lanudos lomos á los torrentes de agua y granizo azotados por el viento. La voz del hombre que anunciaba el tiempo trascurrido desde lo alto de una atalaya montañesa parecia el grito de la última hora.

En Lausana todo habia recobrado su risueño aspecto: bastantes veces habia yo visitado aquella ciudad: ahora no conozco en ella á nadie.

En Bex, mientras que enganchaban á mi carruaje

los caballos que habían quizá conducido el féretro de Mad. de Custine, me apoyé contra la pared de la casa en que había muerto mi posadera de Fervaques. Había sido célebre en el tribunal revolucionario por su larga eabellera. En Roma he visto hermosos cabellos blondos sacados de una tumba.

En el valle del Ródano encontré una muchachita casi desnuda que estaba bailando con su cabra: pedía limosna á un joven rico, bien vestido, que pasaba en posta precedido de un correo con librea galoneada y dos lacayos sentados detrás del brillante carruaje. ¿Y os figuráis que semejante distribución de la propiedad pueda existir? ¿Pensáis que no justifica las sublevaciones populares?

Sion me recuerda una época de mi vida: de secretario de embajada que era yo en Roma, me nombró el primer cónsul ministro plenipotenciario en el Valesado.

En Brig dejé á los jesuitas esforzándose en levantar lo que no puede serlo: establecidos inútilmente al pie del tiempo, se hallan abrumados bajo su masa, como su monasterio bajo el peso de las montañas.

Hallábame pasando por la décima vez los Alpes: habíales dicho yo todo cuanto tenía que decirles en los diferentes años y las diversas circunstancias de mi vida. Echar siempre de menos lo que ha perdido; estraviarse siempre en los recuerdos; caminar siempre hacia la tumba llorando y aislándose: tal es el hombre.

Las imágenes tomadas de la naturaleza montañosa tienen especialmente relaciones sensibles con nuestros destinos: unos pasan en silencio, como el brotar de un manantial; otros dan cierto ruido á su curso, como un torrente; otros arrojan su existencia, como una catarata que asusta y desaparece.

El Simplon tiene ya el aire abandonado, lo mismo que la vida de Napoleon; lo mismo que esa vida no tiene mas que su gloria: es obra demasiado grande para pertenecer á los pequeños Estados á quienes ha sido devuelta. El genio no tiene familia: su herencia corresponde por derecho del fisco á la plebe, que saca provecho de ella y planta una col donde antes crecía un cedro.

La última vez que atravesé el Simplon iba yo de embajador á Roma: he caído, y los pastores que dejé en lo alto de la montaña están allí todavía: nieves, nubes, rocas amenazando ruina, bosques de pinos, estrépito de aguas rodean incesantemente la choza amenazada del alud. La persona mas viva de aquellos caseríos es la cabra. ¿A qué es morir? Lo sé. ¿A qué nacer? Lo ignoro. Sin embargo, reconozcamos que los principales padecimientos morales, los tormentos del espíritu son menos entre los habitantes de la region de los gamos y de las águilas. Cuando me dirigía yo al congreso de Verona en 1822, tenía la parada del pico del Simplon una francesa: en medio de una noche cruda y de un aguacero que me impedía verla, me habló de la Scala de Milan: aguardaba cintas de París: su voz, única cosa que conocí de aquella mujer, era muy dulce, á través de las tinieblas y de los vientos.

La bajada á Domo de d'Ossola me pareció cada vez mas maravillosa, aumentando su magia cierto juego de luz y de sombra. Sentíase uno acariciado por un ligero viento que nuestra antigua lengua llamaba *aura* precursora de la brisa de la mañana, bañada y perfumada en el rocío. Volví á hallar el lago Mayor, en donde estuve tan triste en 1828, y que vi desde el valle de Bellinzona en 1832. En Sesto Calende se anuncia la Italia: un Paganini ciego canta y toca el violín á la orilla del lago, pasado el Tessino.

Al entrar en Milan volví á ver el magnífico paseo de tulíperos del que nadie habla: los viajeros los toman indudablemente por plátanos. Reclamo contra ese silencio en memoria de mis salvajes: lo de menos es que la America dé sombra á la Italia. También po-

dian plantarse en Génova magnolias, mezeiads con palmeras y naranjos. ¿Pero quién se acuerda de eso? ¿Quién piensa en embellecer la tierra? Ese cuidado queda para Dios. Los gobiernos están ocupados de su caída, y se prefiere un árbol de carton en un teatro, al magnolia, cuyas rosas perfumaban la cuna de Cristóbal Colon.

En Milan la molestia que se sufre para el pasaporte es tan estúpida como brutal. No crucé por Verona sin emoción: allí era donde había principiado realmente mi carrera política activa. Presentábase á mi imaginación lo que hubiera podido llegar á ser el mundo si aquella carrera no hubiese sido interrumpida por una miserable envidia.

Verona, tan animada en 1822 por la presencia de los soberanos de Europa, había vuelto al silencio en 1833: el congreso estaba ya tan pasado en sus calles solitarias como la corte de los Scaligeri y el senado de los romanos. Los circos cuyas gradas se me habían presentado á la vista pobladas de cien mil espectadores yacían desiertos: los edificios que había yo admirado con la iluminación bordada en su arquitectura se envolvían parduscos y desnudos en una atmósfera de lluvia.

¿Cuántas ambiciones se agitaban entre los actores de Verona! ¿Cuántos destinos de pueblos fueron examinados, discutidos y pesados! Hagamos memoria de esos perseguidores de sueños: abramos el libro del día de la ira: *Liber scriptus profertur*. ¡Monarcas! ¡Príncipes! ¡Ministros! Aquí teneis á vuestro embajador, á vuestro colega, que vuelve á su puesto: ¿dónde estais? Responded.

¿El emperador de Rusia, Alejandro?—Muerto.
 ¿El emperador de Austria, Francisco II?—Muerto.
 ¿El rey de Francia, Luis XVIII?—Muerto.
 ¿El rey de Francia, Carlos X?—Muerto.
 ¿El rey de Inglaterra, Jorge IV?—Muerto.
 ¿El rey de Nápoles, Fernando I?—Muerto.
 ¿El duque de Toscana?—Muerto.
 ¿El papa Pio VII?—Muerto.
 ¿El rey de Cerdeña, Carlos Félix?—Muerto.
 ¿El duque de Montmorency, ministro de Negocios Extranjeros en Francia?—Muerto.
 ¿Mr. Canning, ministro de Negocios Extranjeros de Inglaterra?—Muerto.
 ¿Mr. de Berstoff, ministro de Negocios Extranjeros de Prusia?—Muerto.
 ¿Mr. de Gentz, de la cancillería de Austria?—Muerto.
 ¿El cardenal Gonsalvi, secretario de Su Santidad?—Muerto.
 ¿Mr. de Serre, mi colega en el congreso?—Muerto.
 ¿Mr. d'Aspromont, mi secretario de embajada?—Muerto.

¿El conde de Nieperg, marido de la viuda de Napoleon?—Muerto.
 ¿La condesa Tolstoi?—Muerta.
 ¿Su hijo?—Muerto.
 ¿Mi patron del palacio Lorenzi?—Muerto.

Si tantos hombres anotados conmigo en el registro del congreso se han hecho inscribir en el registro mortuario; si han perecido pueblos y dinastías reales; si la Polonia ha sucumbido; si España está de nuevo anonadada; si yo he ido á Praga á informarme de los restos fugitivos de la gran estirpe de quien era representante en Verona, ¿qué son las cosas de la tierra? Nadie se acuerda de los discursos que pronunciábamos alrededor de la mesa del príncipe de Metternich; pero ¡oh poder del genio! Ningun viajero oír á la alondra cantar en los campos de Verona sin acordarse de Shakspeare. Cada uno de nosotros, registrando á diversas profundidades de su memoria, encuentra otra capa de muertos, otros sentimientos extinguidos, otras quimeras que amamantó inútilmente, como las de Herculano, á los pechos de la esperanza. Al salir

de Verona me vi obligado á cambiar de medida para computar el tiempo pasado: retrogradaba veinte y siete años, porque no había hecho el camino de Verona á Venecia desde 1806. En Brescia, en Vicenza, en Padua, atravesé las murallas de Palladio, de Scamozzi, de Franceschini, de Nicolás de Pisa, de Frere-Jean.

Las orillas del Brenta engañaron mis esperanzas: habían quedado mas risueñas en mi imaginación: los diques construidos á lo largo del canal entierran demasiado los pantanos. Muchas quintas han sido demolidas, pero quedan todavía algunas muy elegantes. Allí vive quizá el *Signor* Procurante á quienes disgustaban las grandes damas de sonetos; á quien principiaban ya á cansar las dos lindas hijas; á quien fatigaba la música al cabo de un cuarto de hora; que encontraba á Homero mortalmente fastidioso; que detestaba al piadoso Eneas, al pequeño Ascanio, al imbécil rey Latino, á la aldeana Amata y á la insípida Lavinia; que se ocupaba muy poco de una mala comida de Horacio en el camino de Brindisi; que declaraba no querer leer nunca á Ciceron, y mucho menos á Milton, ese bárbaro estropeador del infierno y del diablo del Taso. — «¡Ay, decía por lo bajo Cándido á Martin; mucho temo que ese hombre tenga un soberano desprecio á nuestros poetas alemanes!»

A pesar de mi desengaño y de muchos dioses en dos pequeños jardines, me encantaban los árboles de seda, los naranjos, las higueras, y la dulzura de la atmósfera, yo, que tan poco tiempo antes caminaba entre los abetos de la Alemania y sobre los montes de los Tcheques, en donde el sol tiene mala cara.

Llegué el 10 de setiembre al amanecer á Fusina, llamada *Chaffousina* por Felipe de Comines y Montaigne. A las diez y media había ya desembarcado en Venecia. Mi primer cuidado fue enviar al correo; no había carta ni directamente para mí, ni con las señas indirectas de Paolo; nada sabia de la duquesa de Berry. Escribí al conde Griffi, ministro de Nápoles en Florencia, rogándole que me diese á conocer el camino de S. A. R.

Habiéndome puesto en regla resolví aguardar con paciencia á la princesa; Satanás me envió una tentación. Quise, por sugerencias suyas, permanecer solo unos quince días en la fonda de Europa, con gran detrimento de la monarquía legítima, y deseé mal viaje á la angusta viajera, sin pensar que mi restauración del rey Enrique V podría quedar retrasada *medio mes*: pido, como Danton, perdon á Dios y á los hombres.

EPISODIOS.

Venecia, fonda de Europa, 10 de setiembre de 1835.

Salve Italum regina! .
 Nec tu semper eris..

(Sannazar.)

O d'Italia dolente
 Eterno lume...
 Venezia!

(Chiabrera.)

En Venecia puede uno creerse sobre la cubierta de una magnífica galera anclada, sobre el *Bucentaurro*, en donde se da una fiesta y desde cuyo bordo se ven alrededor cosas admirables. Mi habitación, la fonda de la Europa, está situada á la entrada del gran canal, en frente de la *Aduana del mar*, de la *Giudecca* y de *San Jorge Mayor*; cuando uno sube el gran canal entre las dos filas de sus palacios tan marcados con sus siglos, tan variados en su arquitectura; cuando se traslada á la plaza *Mayor* y á la *Menor*, y contempla la basílica y sus cúpulas, el palacio de los duces, las *procurazie nuove*, la *Zecca*, la torre del Reloj, la ata-

laya de San Marcos, la columna del Leon, mezclado todo eso á las velas y palos de los buques, al movimiento de la multitud y de las gondolas, al azul del cielo y del mar, no son mas fantásticos los caprichos de un sueño ó los juegos de una imaginación oriental. Algunas veces Ciceri pinta y reúne en un lienzo para las ilusiones del teatro monumentos de todas formas, de todos tiempos, de todos paises, de todos climas: esa es Venecia.

Aquellos edificios sobredorados, embellecidos con profusión por Giorgion, Ticiano, Pablo Veronese, Tintoreto, Juan Bellini, Paris Bordone, y los dos Palmas, están llenos de bronce, mármoles, granitos, pórfiros; antigüedades preciosas, manuscritos raros: su magia interior iguala á la exterior, y cuando á la claridad suave que los alumbraba se descubren los nombres ilustres y los nobles recuerdos unidos á sus bóvedas, exclama uno con Felipe de Comines: — «¡Esta es la ciudad mas triunfante que he visto!»

No es esta, sin embargo, la Venecia del ministro de Luis XI; la Venecia esposa del Adriático y señora de los mares; la Venecia que daba emperadores á Constantinopla, reyes á Chipre, príncipes á la Dalmacia, al Peloponeso, á la Creta; la Venecia que humillaba á los Césares de la Alemania y recibía en sus hogares inviolables á los papas suplicantes; la Venecia de quien los monarcas tenían á honra ser ciudadanos, á quien Petrarca, Pletthon y Besarion legaban los restos de las cartas griegas y latinas salvadas del naufragio de la barbarie; la Venecia que, república en medio de la Europa feudal, servía de escudo á la cristiandad; Venecia, *plantadora de leones*, que ponía á sus piés las fortificaciones de Tolemáida, Ascalon y Tyro, y hundía la media luna en Lepanto; la Venecia cuyos duces eran sabios y los mercaderes caballeros; la Venecia que aterraba al Oriente ó le compraba sus perfumes; que traía de la Grecia turbantes conquistados ú obras maestras encontradas; la Venecia que salía victoriosa de la liga ingrata de Cambray; la Venecia que triunfaba por sus fiestas, sus cortesanas y sus artes, como por sus armas y sus grandes hombres; la Venecia, á la vez Corinto, Atenas y Cartago, que adornaba su cabeza de coronas rostrales y de diademas de flores.

No era ya la misma ciudad que atravesé cuando iba á visitar las riberas testigos de su gloria; pero merced á sus voluptuosas brisas y á sus olas amenas, conservaba su encanto: á los paises en decadencia es á los que especialmente es necesario un clima hermoso. Hay bastante civilización en Venecia para que la existencia encuentre goces. La seducción del cielo impide tener necesidad de mas dignidad humana: de sus vestigios de grandeza, de esas huellas de las artes de que se halla rodeada, se desprende una virtud que atrae. Los restos de una sociedad antigua que produjo tales cosas, inspirando disgusto hacia una sociedad nueva, no dejan deseo ninguno de porvenir. Complácese uno en sentirse morir con todo lo que muere á su alrededor, y no tiene otro cuidado que el de adornar los restos de la vida conforme se va desmoronando. La naturaleza, dispuesta á enterrar jóvenes generaciones en ruinas como á entapizarlas de flores, conserva á las razas mas debilitadas el uso de las pasiones y el encanto de los placeres.

Venecia no conoció la idolatría, y se engrandeció cristiana en la isla, donde fue educada lejos de la brutalidad de Atila. Los descendientes de los Escipiones, las Paulas y las Eustoquias, escaparon en la gruta de Bolen de la violencia de Alarico. Extraña Venecia á todas las demás ciudades, hija primogénita de la civilización antigua, sin haber sido deshonrada por la conquista, no encierra ni escombros romanos ni monumentos de los bárbaros. Tampoco se ve en ella lo que en el Norte y Occidente de Europa, en medio de los progresos de la industria: quiero hablar de esas

construcciones nuevas, de esas calles enteras construidas á toda prisa, y cuyas casas permanecen ó sin concluir ó vacías. ¿Qué podría construirse aquí? Miserables tabucos, que mostrarían la pobreza de concepción de los hijos al lado de la magnificencia del genio de los padres; chocillas blanqueadas, que no llegarían al talón á las gigantescas mansiones de los Foscari y de los Pésaro. Cuando uno ve la paletada de mezcla ó la pella de yeso que una reparación urgente ha obligado á aplicar á algun chapitel de mármol, siente un profundo disgusto. Mas valen las tablas corroidas que cierran las ventanas griegas ó moriscas, los andrajos puestos á secar en elegantes balcones, que la huella de la mezquina mano de nuestro siglo.

¡Que no pueda encerrarme en esta ciudad, en armonía con mi destino, en esta ciudad de los poetas, por donde pasaron Dante, Petrarca y Byron! ¡Que no pudiese acabar mis *Memorias* á la luz del sol que cae sobre estas páginas! El astro abrasa aun en este momento mis arenas florideñas, y se pone aquí al extremo del gran canal. Yo no le veo ya; pero, al través de un claro de esa soledad de palacios, sus rayos hieren el globo de la Aduana, las antenas de los barcos, las vergas de los buques y el pórtico de San Jorge Mayor. La torre del monasterio, cambiada en columna de rosa, se refleja en las olas: la fachada blanca de la iglesia está iluminada con tal fuerza, que distingue los mas pequeños rasgos del cincel. Las cenefas de los almacenes de la *Giudecca* están pintados de una luz ticiana: las góndolas del canal y del puerto nadan en la misma luz. Venecia está allí sentada sobre la orilla del mar, como una mujer hermosa que va á extinguirse con el día: el viento de la tarde levanta sus cabellos perfumados, y ella muere saludada por todas las gracias y todas las sonrisas de la naturaleza.

Venecia setiembre de 1855.

ARQUITECTURA VENECIANA.—ANTONIO.—EL ABATE BETIO Y MR. GAMBA.—SALAS DEL PALACIO DE LOS DUCES.—CÁRCELES

En Venecia habia en 1806 un jóven Sr. Armani, traductor italiano, ó amigo del traductor de *el Genio del Cristianismo*. Su hermana, como él decia, era monja *monaca*. Habia un judío que iba á la comedia del gran Sanhedrin de Napoleon, y miraba de reojo á mi bolsa; ademas Mr. Legarde gefe de los espías franceses, el cual me convidó á comer: mi traductor, su hermana, el judío del Sanhedrin, ó han muerto, ó no habitan en Venecia. En aquella época vivia yo en la fonda del *Leon blanco*, junto á Rialto: dicha fonda ha mudado de sitio. Casi enfrente de mi antiguo alojamiento está el palacio Foscari, que amenazaba ruina. ¡Vayan atrás todas estas vejeces de mi vida! Me volveria loco á fuerza de ruinas: hablemos del presente.

He procurado pintar el efecto general de la arquitectura de Venecia: á fin de enterarme de sus pormenores, he subido, bajado y vuelto á subir y bajar el gran canal, mirando y remirando la plaza de San Marcos.

Se necesitarian volúmenes para agotar este asunto. *Le fabbriche piu cospicue di Venezia* del conde Ciccognara suministra la fisonomía de los monumentos; pero las exposiciones no son precisas. Me contentaré con anotar dos ó tres de las combinaciones mas repetidas.

Del chapitel de una columna corintia arranca un semicírculo, cuyo extremo baja sobre el chapitel de otra columna corintia. En medio exactamente de estas dos columnas se eleva otra de igual dimension y del mismo orden; del chapitel de esta columna central parten á derecha é izquierda dos epícleros, cuyos extremos van á caer tambien sobre los chapiteles de otras columnas. Resulta de este dibujo que los ar-

cos, cortándose entre sí, forman ojivas en su punto de interseccion (1); de suerte que se forma una mezcla graciosa de dos arquitecturas, de la cimbra llena romana y de la ogiva árabe ó gótica oriental. Soy en esto de la opinion del día, suponiendo la ojiva árabe gótica ó de origen de la edad media; pero es seguro que existe en los monumentos llamados ciclopeos: la he visto en toda su pureza en los sepulcros de Argos.

El palacio del dux presenta labores que se ven reproducidos en algunos otros palacios, especialmente en el palacio Foscari: las columnas sostienen cimbras ogivas; las cimbras dejan entre sí vacíos, y entre esos vacíos ha colocado el arquitecto dos rosetones. El roseton deprime la extremidad de dos elipses. Esos rosetones, que se tocan en un punto de su circunferencia en la fachada, son unas especies de ruedas alineadas, sobre las que se levanta el resto del edificio.

En toda construccion la base es por lo regular fuerte: el monumento disminuye su masa conforme va invadiendo el cielo. El palacio ducal es precisamente lo contrario de esa arquitectura natural: la base está horadada por ligeros pórticos, coronados por una galería de arabescos dentados, con cuatro hojas caladas, que sostiene una masa cuadrada, desnuda casi, como una fortaleza construida sobre columnas, ó mejor todavía, un edificio cabeza abajo, sostenido sobre su ligera cima y cuya gruesa raiz estuviera en el aire.

Los mascarones y cabezas arquitectónicas son notables en los monumentos de Venecia. En el palacio Pésaro, el cornisamento del primer piso, de orden dórico, está adornado con cabezas de gigantes: el orden jónico del piso segundo está rodeado de cabezas de caballeros, que salen horizontalmente de la pared, con la cabeza mirando al agua: unas tienen haberol, otras la visera medio calada, y todas tienen cascos, cuyos penachos se encorvan formando adornos bajo la cornisa. Por último, en el tercer piso, de orden corintio, se ven cabezas de estatuas femeninas, con los cabellos diferentemente peinados.

En San Marcos, erizado de cúpulas, incrustado de mosaicos, cargado de despojos incoherentes del Oriente, me hallaba á la vez en San Vital de Rávena, en Santa Sofia de Constantinopla, en San Salvador de Jerusalem y esas iglesias menores de la Morea, de Chio y de Malta: San Marcos, monumento de arquitectura bizantina, compuesto de victoria y de conquista, erigido á la cruz, como Venecia entera es un trofeo. El efecto mas notable de su arquitectura es su oscuridad bajo un cielo brillante; pero hoy 10 de setiembre la luz de fuera, apagada, estaba en armonía con la sombría basilica. Terminaban las Cuarenta Horas, ordenadas para obtener buen tiempo. El fervor de los fieles que oraban contra la lluvia era grande: un cielo parduzco y lluvioso parece la peste á los venecianos.

Nuestros votos fueron escuchados; la tarde se volvió encantadora, y por la noche me paseé por el muelle. El mar se desarrollaba sereno: las estrellas se mezclaban á los fuegos diseminados de los barcos y buques anclados en diferentes puntos. Los cafés estaban llenos; pero no se veían ni polichinelas, ni griegos, ni berberiscos: todo concluye. Una virgen muy alumbrada en el paso de un puente atraia mucha gente: unas muchachas de rodillas rezaban devotamente sus *Padre-nuestros*: con la mano derecha hacian la señal de la cruz, y con la izquierda detenian á los transeuntes. De vuelta á mi alojamiento, me acosté y dormí al cántico de los gondoleros estacionados bajo mis ventanas.

(1) Es claro, á mi juicio, que las ogivas, cuyo origen, que se ha querido suponer misterioso, va á buscarse tan lejos, ha nacido fortuitamente de la interseccion de dos círculos de cimbra llena así es que se la encuentra en todas partes. Los arquitectos no han hecho despues mas que desprenderla de los dibujos en donde figuraba.

Tengo por guía á Antonio, el mas viejo é instruido de los *cicerone* del país; sabe de memoria los palacios, las estatuas y los cuadros.

El 11 de setiembre fui á visitar al abate Betio y á Mr. Gamba, conservadores de la biblioteca, los cuales me recibieron con la mayor cortesania, á pesar de no llevar yo carta ninguna de recomendacion.

Recorriendo los cuartos del palacio ducal, se camina de maravilla en maravilla. Allí se desenvuelve la historia entera de Venecia, pintada por los mejores maestros: sus cuadros han sido descritos mil veces.

Entre las antigüedades he notado, como todo el mundo, el grupo del cisne y de Leda, y el Ganimedes, llamado de Praxiteles. El cisne es admirable en su postura y voluptuosidad: Leda está en extremo complaciente. El águila del Ganimedes no es un águila verdadera: parece el mejor animal del mundo. Ganimedes, encantado de verse arrebatado, está encantador, hablando al águila que le habla.

Estas antigüedades están colocadas en los dos extremos de las magnificas salas de la biblioteca. Contemplé con el santo respeto del poeta un manuscrito de Dante, y examiné con la avidéz del viajero el mapamundi de Fra-Mauro (1460). El Africa, sin embargo, no me parece trazada en él tan correctamente como se dice. En Venecia seria preciso especialmente registrar los archivos: en ellos se hallarian documentos preciosos.

De los salones pintados y dorados pasé á las prisiones y á los calabozos: el mismo palacio ofrece el microcosmo de la sociedad; alegría y dolor. Las prisiones estan bajo los plomos: los calabozos al nivel de las aguas del canal, y con doble piso. Se cuentan mil historias de ahorcados y decapitados en secreto: en cambio se refiere que un preso salió gordo y colorado de aquellas mazmorras, despues de un cautiverio de diez y ocho años: habia vivido, como un sapo, en la cavidad de una piedra. ¡Honor á la raza humana! ¡Qué cosa tan bella es!

Una multitud de sentencias filantrópicas llenan las bóvedas y paredes de los subterráneos desde que nuestra revolucion, tan enemiga de sangre, hizo entrar de un hachazo la luz en aquella horrible *mansion*. En Francia poblaban los calabozos de víctimas, de las que se deshacian degollándolas; pero en las cárceles de Venecia se daba libertad á las sombras de los que quizá no habian estado allí nunca: los amables verdugos que degollaban á niños y ancianos, los benignos espectadores que asistian á ver guillotinar mujeres, se enternecian de los progresos de la humanidad, tan bien demostrados con la apertura de los calabozos venecianos. En cuanto á mí, tengo el corazon seco, y no me aproximo á esos héroes de sensibilidad. Bajo el palacio de los dux no se ofrecieron á mi vista viejas larvas sin cabeza: únicamente me pareció ver en los calabozos de la aristocracia lo que vieron los cristianos cuando se rompieron los ídolos; agujeros de ratones que se escapaban de la cabeza de los dioses. Es lo que acontece á todo poder herido y expuesto á la luz; que sale la polilla que se habia adorado antes.

El puente de los Suspiros une el palacio ducal á las prisiones de la ciudad: está dividido en dos partes en su longitud: por la una entraban los *presos ordinarios*; por la otra los *prisioneros de Estado* iban al tribunal de los inquisidores ó de los Diez. Aquel puente es elegante por fuera, y la fachada de la cárcel es admirada: en Venecia no pueden pasar sin belleza, hasta para la tiranía y la desgracia. Unas palomas hacen su nido en las ventanas del calabozo, y varios pichones, cubiertos de vello, agitaban sus alas y piaban en los hierros aguardando á su madre. En

otro tiempo se encerraban criaturas inocentes, al salir casi de la cuna: sus padres no las veían mas que al través de los hierros del locutorio ó de la rejilla de la puerta.

PRISION DE SILVIO PELLICO.

Venecia setiembre de 1855.

Ya es de suponer que en Venecia me ocuparia necesariamente de Silvio Pellico. Mr. Gamba me habia dicho que el abate Betio era el dueño del palacio, y que dirigiéndome á él podria hacer mis investigaciones. El excelente bibliotecario, á quien fui á ver una mañana, cogió un gran manojito de llaves, y me condujo por varios corredores y escaleras á las boardillas del autor de *Miei Prighioni*.

Silvio Pellico no se ha engañado mas que en un punto: ha hablado de su prision como de esos célebres calabozos altos designados por su techado *sotto i piombi*. Estas prisiones son ó eran en número de cinco en la parte del palacio ducal próximo al puente *Della Pallia* y al canal del *Puente de los suspiros*. Pellico no habitaba allí, pues su prision estaba al otro extremo del palacio hácia el puente de los Canónigos, en un edificio contiguo al palacio, edificio convertido en Prision en 1820 para los presos políticos. Por lo demás, estaba tambien *bajo los plomos*, porque una hoja de este metal formaba el techado de su celda.

La descripcion que hace el preso de su primero y segundo cuarto es enteramente exacta. Desde la ventana de su primer cuarto se dominan las eminencias de San Marcos, se ve el pozo en el patio interior del palacio al extremo de la plaza Mayor, los diferentes campanarios de la ciudad, y mas allá lagunas; en el horizonte montañas en la direccion de Padua: reconócese su segundo cuarto en su gran ventana y en su otra pequeña ventana mas elevada: por la grande es por la que Pellico veía á sus compañeros de infortunio en un cuerpo de edificio en frente, y á la izquierda, en lo alto, los amables niños que le hablaban desde la ventana de su madre.

Hoy todos estos cuartos están abandonados, porque los hombres no permanecen en ninguna parte, ni aun en las prisiones: han sido quitados los hierros de las ventanas, y las paredes y techos blanqueados. El amable y sabio abate Betio, alojado en aquella parte desierta del palacio, es su pacífico y solitario guardián.

Los cuartos que ha inmortalizado el cautiverio de Pellico no carecen de elevacion; están ventilados; tienen unas vistas magnificas, y son prisiones de poeta: no habria mucho que decir sobre ellos, admitiéndolos absurdo y la tiranía; pero la sentencia á muerte por opiniones especulativas! ¡Los calabozos moravos! ¡Diez años de la vida, de la juventud y del talento! Los mosquitos, perversos animales, que me comen á mí mismo en la fonda de Europa, no obstante lo curtido que ya estoy por el tiempo y por los cinifes de las Floridas. Por lo demás, yo he estado con frecuencia peor alojado que Pellico lo estaba en su belvedere del palacio ducal, especialmente en la prefectura de los dux de la policia francesa: tambien tenia que subirme á una mesa para gozar de la luz.

El autor de *Francisca de Rimini* pensaba en Zauza en su prision; yo cantaba en la mia á una jóven á quien acababa de ver morir. Tenia interés en saber lo que ha sido de la guardiana de Pellico, y he comisionado personas que lo averigüen; si sé alguna cosa lo diré.